

enterrado. Serrano fué preso, llegó á Béjar loco rematado, y despues fué enviado á la casa de S. Hipólito de México, donde ha muerto hace poco tiempo. †

Desaparecieron los insurgentes de la provincia de Tejas, y ella como las demás internas de Oriente con la vicioria del *Atascoso*, conocida con el nombre de la batalla de *Medina*, se hallaron pacíficas. Arredondo permaneció en Béjar hasta abril del año de 814, que dejando allí el regimiento de Estremadura de guarnicion (no habiendo llegado á las provincias el de Lobera ofrecido, porque desde luego se consideró ya innecesario) se regresó á Laredo con su division y de allí á Monterey en julio, para establecer en esta ciudad su comandancia y cuartel general.

Desocupado de insurgentes se dedicó, como antes en Aguayo, y valle del Maiz, á sus mañas favoritas: á promover competencias con las autoridades, con el cabildo eclesiástico de quien exigió los mismos honores que al virey, cuando iba á catedral; á no hacer caso de ninguna orden del virey: á disolver, como lo hizo antes de su llegada, la diputacion provincial de Monterey: á oír y fomentar las delaciones, los chismes, aun los mas groseros: á hacer sumarias, ejecutar prisiones, y en fin, á proceder de modo en aquellas desgraciadas provincias, cual no habrá hecho jamás sultan alguno por despótico, caprichoso y atolondrado que fuera. Entré tanto, las provincias caminaban á su ruina en todos sentidos: los indios bárbaros comanches affigian las tropas y hacian en ellas la guerra mas cruel: todos sus ganados de que antes abundaban desaparecieron, y no se oian mas que desolacion, muertes y desgracias de aquellos moradores: hizo Arredondo matar algunos indios lipanes que estaban de paz por el año de 15, con cuya traicion los alborotó, se unieron á los comanches, y como prácticos del país, los condujeron en sus correrías y tomó la guerra el carácter mas atroz. Hay en aquellas fronteras compañías que presidian varios puntos y que siempre han servido á su defensa con el mejor éxito, segun su reglamento particular por el que han sido creadas y se han regido;

† Tal suerte tuvo el Proditor de Hidalgo y Allende. Si los buenos se desgracian ¿qué serán los malos?

pero Arredondo ni siquiera se impuso de él; y lejos de atender á esas tropas, se pasaban años sin socorrerlas con un real, de modo que se han llegado á ver sin armas, á pié, desnudas y miserables en provecho del enemigo y completa ruina de la frontera, que sin este socorro ha llegado casi á verse desierta. Arredondo, sin embargo, continuaba divirtiéndose; decia que la guerra de los indios no era de importancia y todos los productos de la hacienda pública que pudieran prorratearse entre aquellas tropas presidiales los hacia venir á Monterey, donde se invertian en sus sueldos, en pagar el batallon de Veracruz, compañía miliciana de artillería de alta fuerza, granaderos montados de su guardia, que llamaba cuerpos de reserva: en mantener el parque, y otros objetos que en el estado de aquellas provincias debian haberse considerado innecesarios, libres ya de insurgentes. Los clamores de tantas vejaciones y tantos desaciertos solian penetrar hasta el virey, quien en consecuencia le repetia sus oficios, reprendiéndolo, y haciéndole prevenciones que él burlaba del modo mas descarado, haciendo todo lo contrario, y cometiendo en seguida mayores excesos. Entiéndase que los apuntados hasta aquí solo son *algunos*, pues para indicarlos todos, aun los de bulto, seria menester un volúmen.

El virey Calleja, en fin, ya no sabia que hacerse, y á pretesto de pasar revista de inspeccion al regimiento de Estremadura que habia venido al Saltillo de regreso para las provincias de afuera, se presentó en esta villa en principios del año de 1816 el brigadier D. Diego Garcia Conde de orden de S. E.; pero el verdadero objeto de su mision, conforme se ha podido entender con probabilidad, era imponerse de la conducta de Arredondo, y substituirlo en el mando. Por desgracia de aquellas provincias no llegó esto á verificarse, y Garcia Conde se retiró de ellas.

En abril de 1817 supo Arredondo que en Soto la Marina, punto de su comandancia general habia realizado su desembarque D. Francisco Javier Mina con una expedicion, la que sabia ya desde mucho antes amenazaba á las costas de sus provincias. Dispúsose á atacarlo; pero con tanta pausa en los preparativos y

en su marcha, como se infiere de su tardanza en llegar á la Marina, que no hay mas que ochenta leguas. El virey Apodaca se desesperaba: órdenes le iban y venian, todas á cual mas ejecutivas para que avisase; pero Arredondo á pretesto de hacer venir y reunir tropas de caballería de los presidios no salia de su paso. Salió en fin de Monterey en principios de mayo por el camino de Linares, Real de Borbon, Padilla y Santillana. El coronel D. Benito Armiñan venia con su regimiento por Altamira: otra partida de caballería de S. Luis llegó hasta la hacienda del Cojo, y el batallon de línea de Fernando VII entró por Aguayo. Con todos estos auxilios de gente, sobradísimos, Mina apenas con doscientos y cincuenta hombres estrangeros sin conocimiento alguno del pais, burló á todos, se salió de la colonia, pasando la Sierra Madre, y se unió como quiso, á los americanos del bajo. No lo persiguió Arredondo, y solo se dirigió á la Marina á tomar el fuerte construido por Mina que con muy poca guarnicion habia dejado con todo su parque y tren de artillería.

Llegada la division de Arredondo á la Marina con el auxilio del batallon de Fernando VII que se le reunió en Padilla, se le puso una especie de bloqueo al fuerte, en el cual mandaba D. José Sardá por encargo de Mina. Se estrechó mas á los cuatro ó cinco dias con una batería de ocho piezas que se logró poner á menos de tiro de fusil la noche del 14 de junio, y al siguiente dia en virtud de sus fuegos y de toda la tropa que aproximándose al fuerte en toda direccion amagó el asalto, se rindió como á las dos de la tarde por capitulacion. Los prisioneros á pocos dias fueron despachados á Altamira y de allí á Veracruz: el Dr. Mier que se halló en el fuerte acompañando la expedición, á pesar de la capitulacion y del indulto del mismo Arredondo promulgado dias antes, y que hizo valer en su favor, fué remitido á México con un par de grillos, porque se dijo que habia querido seducir á un soldado que le hacia la centinela. Un oficial y seis soldados de Mina que en su desembarco fueron estraviados y presos, se pasaron por las armas en Monterey, lo mismo que en Monclova á todos los que quedaron de otra partida, que destacada del fuerte con el designio de irse por tierra en direccion de la costa pa-

ra los Estados-Unidos á las órdenes de un tal *Perri*, coronel, fué atacada y presa en las inmediaciones del presidio de la bahía del Espíritu Santo. El virey habia dado la orden *de pasar por las armas á cuantos se agarrasen*. †

Regresado en julio á Monterey el general Arredondo con toda su tropa, habiéndolo despachado desde la Marina á Fernando VII para S. Luis, se halló con el brigadier D. José Gallangos, intendente de Zacatecas, que venia á relevarlo del mando de aquellas provincias por orden del virey Apodaca; mas como por fortuna de Arredondo y desgracia de ellas, se supo en México en aquellos mismos dias la toma del fuerte de Soto la Marina, y desde luego se le dió á esta accion mas importancia de la que se debiera, recibió Gallangos contraorden para que regresase, quedando Arredondo con el mando. Este amago, sin embargo el mas serio que hubiera recibido, no le hizo variar en nada de conducta siguiendo en ella del mismo modo ó peor de lo que queda dicho.

Las provincias volvieron á quedar quietas, si se exceptuaba la guerra en la frontera por los indios, de que ya queda dicho que jamás Arredondo hizo caso á pesar de que cada vez empeoraba. Por los años de 18 y 19 se sintieron amagados de aventureros que se reunian por la Trinidad y Nacogdoches ácia la frontera de los Estados-Unidos, contra las cuales envió expediciones de tropas de caballería que los dispersaron, ocupándose mas bien la del año de 19 en incendiar las casas y víveres, y conducir presos en cuerda hasta Monterey á varias gentes que las ocupaban pacíficamente, y vivian con el sudor de su rostro, cubriendo unos pequeños terrenos que nadie habitaba en los inmensos desiertos de Tejas.

Resonó tambien en Monterey el grito de Iguala por marzo de 1821. Comenzaron á parar la atencion algunos oficiales, y á reflexionar acerca de su justicia y necesidad. No faltaron por supuesto delaciones. Sumariáronse á algunos. Arredondo comenzó á sospechar de los mas: aumentó los preparativos de defensa

† Este es el humano, benéfico y clementísimo Conde del Venadito... *Operibus credite*. Tenia sus intervalos de piadoso y aun de cruel.

contra los independientes: la puerta de su casa la cubrió de piezas de artillería: redobló las guardias y la vigilancia, llegando á aterrorizar al pueblo. Dispuso que las cajas del Saltillo, aunque en ellas no había un real, viniesen á Monterey: el tesorero y el ayuntamiento resistieron esta providencia. Arredondo para llevarla al cabo, mandó su compañía de granaderos de reserva, y orden para que viniese preso el tesorero. Seguidamente para sostener esta compañía avanzada é imponer terror á los saltilleros que se opusiesen y comenzaban ya á alborotarse, hizo salir al batallón de Veracruz con artillería y que acampase en la cuesta de los *Muertos* camino del Saltillo, distante diez leguas. Pero lejos de obedecer ni el tesorero, ni los saltilleros, la compañía de granaderos de reserva con el teniente entonces de la compañía de Veracruz D. Nicolás del Moral, puesto á su cabeza juró la independencia á las doce de la noche del 1.º de julio, y en seguida las autoridades de la villa, avisándolo así de oficio á Arredondo. El teniente D. Pedro Lemus, ya de acuerdo quizá con el Saltillo, hizo hacer el mismo juramento al batallón de Veracruz y oficiales, en la cuesta de los *Muertos*, y en la tarde entró en el Saltillo.

Sabidas estas ocurrencias por el general Arredondo en Monterey, la noche del 3 hizo convocar en su casa una junta de las autoridades, y vecinos respetables de la ciudad, y á pluralidad de votos se determinó jurar en aquellas provincias la independencia á que manifestó acceder gustoso S. S. y la juró solemnemente el siguiente día 4, dando las órdenes á los gobernadores de las cuatro provincias para que la jurasen también como se verificó sucesivamente.

Desde luego previno á las tropas del Saltillo obedeciesen sus órdenes, pues que jurada la independencia, debía quedar reconocido de todas las provincias y tropas, como general que era de ellas. Lemus, algunos oficiales y ayuntamiento del Saltillo, temieron volver bajo el mando de Arredondo, opusieron alguna resistencia, y mediaron algunas contestaciones desagradables, siendo el resultado que Arredondo, ya desairado y aburrido por esto, ó porque juró de mala fé la independencia, entregó el mando de las provincias al primero que halló, y lo fué el teniente coronel enton-

ces, D. Gaspar Lopez, que con una division del ejército trigante acababa de llegar de tierra afuera. Arredondo ofreció al primer gefe de las tres garantías incorporársele; pero no lo hizo, sino que se fué á S. Luis Potosí, se metió en el convento del Carmen, de donde salió como fugado, y se embarcó para la Habana por la costa de Altamira, acompañado solo de su hija y de su yerno, dejando á su esposa en el Saltillo, de la que estaba separado había seis años.”

Tal es la relacion que he recibido de un oficial compañero de Arredondo, la que no solo está concebida en verdad, sino diminuta por efecto de la moderacion que lo caracteriza. Cuanto malo se escriba de Arredondo, debe creerse, porque era *malísimo*; Venegas no lo podia sufrir, de modo que al embarcarse dijo en chanza que quedaban dos vireyes, *Calleja y Arredondo*. Cuando trate singularmente de la expedicion de Mina, presentaré una Carta instructiva del padre Mier y el extracto de la Historia de D. Guillermo Robinson.

REVOLUCION EN EL DEPARTAMENTO DE LA COSTA DEL NORTE, LLAMADA DE ZACATLAN.

La derrota que padeció el ejército americano en el puente de Calderon, causó una dispersion extraordinaria, y esta fué como semilla fecunda que produjo una revolucion formidable en los puntos mas remotos del Anáhuac. Todo el territorio mexicano pudiera muy bien compararse con una enorme masa de estopa pronta á incendiarse con la menor chispilla. Los pueblos no podian sufrir las multiplicadas agresiones é injusticias de sus dominadores reiteradas en aquellos dos últimos años mas que en ninguna de las épocas anteriores, y reiteradas cuando debieran haber obrado en sentido totalmente diverso: el orgullo español no cedia en una pulgada, y creia llevar al cabo su odiosísima dominacion, multiplicando suplicios.

El cura Hidalgo, á quien nadie negará un talento previsor, y que sabia lo que traia entre manos, apenas dió el grito en Dolores, cuando destacó para muchos puntos personas de su confianza que anunciassen á los pueblos su próxima emancipacion. En-

tre ellas mandó á Oaxaca á dos hombres campesinos pero bien intencionados; tales fueron *Lopez y Armenta*; la desgracia de estos merece referirse, y que consignemos su memoria en este Cuadro. Presentáronse ambos en Oaxaca acompañados de un F. Calderon guarda-caminos, que el antiguo tribunal de Acordada habia situado en la cuesta llamada de San Juan del Rey, á distancia de diez leguas de la ciudad, guarida de ladrones, y que logró dispar. Entraron, pues, en Oaxaca, con el título de recaudadores de *vezca*, artículo grande de comercio que abunda en aquellos montes ásperos, y les acompañaba Calderon. Por su desgracia lo hicieron á la hora misma que paseaban por las calles inmediatas al camino real unos europeos, que desconociendo en el traje á aquellos *tierradentreños* los hicieron prender. Reducidos á prision y examinados escrupulosamente, como estaban de acuerdo en sus declaraciones por plan combinado, resultaron inocentes, y ya se trataba de ponerlos en libertad; pero sea que ellos lo ignorasen, ó que se prometiesen buen éxito en su empresa, confiando imprudentemente en el intendente de la provincia D. José María Lazo Nacarino, americano nacido en Veracruz, le pidieron una audiencia: en ella le hablaron no como á un magistrado y persona pública, sino como á un hombre, y como á un americano en quien supusieron que habria heróicos sentimientos á favor de la libertad de su patria; confesáronle bajo secreto ser cierta su comision de Hidalgo, y aun le mostraron los despachos de oficiales que traian ocultos y cocidos en las zuelas de los zapatos. Lazo, faltando á lo que les debia por esta confianza, se constituyó ¡qué bajeza! su denunciante y juez, y comprobó su esposicion mostrando aquellos documentos como cuerpos de delito: accion indigna que deturpó la buena reputacion que hasta entonces habia gozado, y de que ciertamente era por otra parte digno, pues tenia prendas muy reelevantes. Substancióseseles muy en breve la causa, y fueron condenados á horca por sentencia definitiva que confirmó la sala del crímen, y que muy prontamente se ejecutó en dicha ciudad, desarrollando en el dia de la ejecucion aquellos europeos la insolencia y altanería con que trataron á aquel pobre pueblo. Diósele á esta ejecucion un carácter de solemnidad, haciendo que firma-

sen retractaciones, que el obispo auxiliar D. Fr. Ramon Casaus, compusiese un acto de contricion en muy malas coplas que se reimprimieron en México, como lo habian sido las cartas diatribas, ó sea el *Anti-Hidalgo* de que ya hemos hablado en otra vez. Pusiéronse al público las cabezas de estos desgraciados hombres en la cuesta de S. Juan del Rey, mirando ácia Oaxaca, que despues se recogieron por el Sr. Morelos y les hizo un entierro de dean y cabildo, convidando el mismo gefe como primer doliente en aquella ciudad. Calderon perdió el juicio y murió lastimosamente en la cárcel. Tales fueron las primeras víctimas de la libertad sacrificadas en Oaxaca, y tan desgraciado el éxito de aquellos apóstoles zelosos de ella.

Mas como la sangre de estos siempre es fecunda cuando es derramada por una buena causa, dentro de breve aumentó su caudal con la de otros dos jóvenes, *Tinoco y Palacios*, porque despechados del bárbaro tratamiento que les daban los polizones europeos, meditaron conjurarse, sus planes fueron muy mal combinados, y no pasaron de meras teorías; mas como en aquella época de iniquidad, así se castigaba el pensamiento como la ejecucion, luego se decretó contra estos la muerte, en la que no tuvo poca parte el influjo del obispo D. Antonio Bergoza y Jordan. Poca violencia nos haremos para persuadirnos de esta verdad si reflexionamos en la conducta que este prelado guardó con el gobierno de México, á quien constantemente lisongeó con degradacion de su dignidad y persona. Sus pastorales dan testimonio de esta asercion é ignorancia; leense en ellas mentiras garrafales inventadas para arrullar niños en la cuna, como decir á sus feligreses que los insurgentes tenian alas, colas, &c., como si fuesen Grifos ó Hirco-cervus: decir que Venegas era el ángel tutelar de América, y exhortar á que se encomendasen al mismo ángel, y otras paparruchadas miserables y ridículas. Como inquisidor que habia sido, no era escrupuloso en esto de atormentar á los prójimos; y así es que su Illma. no escrupulizó en cuanto al defecto de lenidad en que incurria, tomando parte en causas de esta naturaleza, como ni tampoco lo fué en cuanto á la decapitacion que en Apan se hizo en la persona del Lic. D. Manuel Sa-

bino Crespo, eclesiástico muy recomendable que fué hecho prisionero en Zacatlán por el coronel D. Luis de la Aguila, la mañana del 25 de setiembre de 1814. Baste lo dicho por ahora en cuanto á los efectos de la mision revolucionaria llegada á Oaxaca, y demos ya idea de la de Zacatlán, uno de los objetos de esta carta.

D. José Francisco Osorno tenia en aquella comarca concepto de guapo, y aun se habia visto en lances en que no se hallan hombres de espíritu apocado. Suspiraba por el momento de sacudir el yugo que ya habia pesado especialmente sobre él en prisiones que habia padecido, y le habia hablado no poco para empuñarlo en el lance su amigo D. José *Lastiri*. No es fácil analizar por ápices el modo con que comenzó á formar su reunion: bastará decir que en breve tuvo bajo su mando trescientos hombres, y que engrosó este número hasta el de setecientos. Dirigióse con esta fuerza á Zacatlán, donde entró sin obstáculo alguno en 30 de agosto de 1811. Tomóse luego los caudales de la hacienda pública, parte de los cuales ocultó D. José Tamariz, el que ni ha probado que se los quitaron todos, ni que los entregó á los gefes del gobierno español, bajo cuyas órdenes vivia. Los actos de esta primera invasion fueron de violencia y desorden, quebraron las vidrieras de la casa del subdelegado que allí llaman *palacio*, no de otro modo que los romanos á la choza pajiza de Rómulo que conservaron en veneracion por muchos años. Una grita insana, mucha rechifla, grandes carreras por las calles estropeando los caballos, vivas á María Santísima de Guadalupe, y anatema á los españoles, llamados gachupines: hé aquí los caracteres con que se anunció la revolucion de Zacatlán. ¿Quién no creyera que aquella era una máscara de mogiganga, ó una espedicion del carnaval? Mas presto cambió de aspesto festivo, en atroz y sanguinario, porque puestos en libertad los presos de la cárcel en que habia no pocos criminales, que despues multiplicaron sus delitos, comenzaron á saquear á los europeos, y se estrenaron con la tienda de un tal S. Vicente; estos fueron los primeros ensayos de una revolucion de que jamás sacó la nacion ventaja alguna, y como despues veremos, terminó en poner

aquel departamento á disposicion del sanguinario comandante D. Manuel de la Concha, última desgracia que pudiera afligirla.

A poco tiempo se reunió á Osorno un tal Aldama, venido de tierradentro que allí se presentó con el título de mariscal, jóven de valor, de regulares principios, y amigo del orden; pero que por una desgracia fué asesinado traidoramente por un José María Casalla en el rancho de San Blás, y en el que él pagó á la vez con la vida este asesinato por los americanos vengadores de la sangre de Aldama. Horrores comunes en las guerras civiles que las dan el carácter de salvages. Este gefe con setecientos hombres entró despues en Zacatlán, de cuyo pueblo sacó mucha gente para engrosar su division; pero no le causó el menor daño. El gobierno de México entró en temores y trató de contener los progresos de esta fuerza. En principios de la revolucion, el gobernador de la Habana mandó á México porcion de oficiales de marina que querian servir en el ejército de este continente, tal vez porque su ineptitud ó irregular conducta no les proporcionaba ascenso en la escuadra. Entre los que se presentaron fué uno de ellos *D. Ciriaco del Llano*, de quien el virey tenia muy buenos informes, y por ellos lo distinguió en un principio en su amistad: destinólo á mandar la espedicion que aprestó para Zacatlán. Consta por la Gaceta de 26 de setiembre de 1811 núm. 115, que este gefe salió de México en 3 de dicho mes y año, llevando consigo un piquete del cuerpo de marina á las órdenes del teniente de fragata D. Miguel Soto y Maceda, á quien nombró por su ayudante mayor, y mejor hubiera sido que dijese que él era el real y verdadero comandante de la espedicion, en la que nada hizo por sí Llano, mas que rascarse la peluca, tomar tabaco y decir á todo avancen, avancen. . . . Señor, le decian sus oficiales, los que nos atacan son muchos: no hay cuidado (respondia). ¿Y qué tenemos con eso? No se le oyó otro razonamiento en toda esta campaña, segun tengo averiguado; ya veremos cuánto influyó esta apatía é insensibilidad algun dia para darle el triunfo que no se esperaba sobre el general Morelos, en Valladolid, y tal vez el Sr. Mier y Terán no tendrá por demas la relacion de los polvos, peluca y fórmula dicha En el mismo dia llegó á Tex-

coco, donde tomó el mando de la corta division que antes estaba allí á las órdenes del capitán *Font*. Al día siguiente partió para el pueblo de Calpulalpa con el fin de atacar al comandante americano Aldama; pero este lo sorprendió en la noche en la hacienda de S. Cristóbal, le hizo varios muertos, y quitó á su tropa de marina la esperanza de triunfar tan presto como se prometía. Llano confiesa haber tenido la pérdida de tres muertos y diez heridos que mandó á Texcoco; los que sabemos como deben entenderse y multiplicarse las unidades de los muertos españoles, entendemos todo lo que importa una confesion de esta naturaleza. Llano avanzó sobre el pueblo de Calpulalpa, en cuya barranca inmediata le presentaron los americanos su batalla prevalidos del foso y parapetos, y del puente que tenian cortado, pero no la aceptó, sino que cortó por la barranca hasta encontrar un paso suficiente que le disputaron con obstinacion; pero empeñada la accion se retiraron los americanos de aquel punto, bien que al abrigo de una zanja. El pueblo de Calpulalpa, que quedó abandonado por la retirada de los que debieron haberlo defendido, fué saqueado por las tropas españolas, de las que quedaron allí sesenta hombres, y el resto de la division salió para el rumbo de Mazápa, y regresó muy pronto al pueblo de donde habia salido. Llano se vió luego provocado por una partida que vino á insultarlo, con la que tuvo tirotéo y en el que salió herido el comandante de patriotas de Texcoco D. Manuel Azcorve con algunos de sus soldados.

En el parte de Llano en que se refiere la correría indicada, se hace mérito de otras acciones pequeñas é insignificantes para la historia, menos para los infelices hacenderos, cuyas siembras y ganados fueron destruidos por la tropa de este comandante que siempre iba á terminar al pueblo de Apan que escogió por su cuartel general. Muchas y muy desatinadas fueron las providencias que tomó Llano para perseguir á los insurgentes y merecer por ellas el renombre de modelo de *la amovilidad*, como le llamaba Venegas; pero entre todas merece singular reflexion la que acordó en Tulancingo el día 23 de septiembre (1811): ordenó pues, que nadie que no tuviese un carácter público pudiese montar en ca-

ballos: el andar (dice) todos estos insurgentes montados en ellos, é introducirse varios entre las tropas sin ser conocidos en su fuga cuando son perseguidos, dejar los suyos cansados, y tomar los que encuentran listos como ha sucedido varias veces, me precisó á aquella disposicion en tanto que duran estas críticas circunstancias."

Este gefe no pudo escogitar medida mas propia para conciliarse el odio y despecho; multiplicólo en tal extremo, que hombres pacíficos y que no habian pensado en tomar las armas, al momento se resolvieron á ello y salieron á campaña. ¿Yo andar en burro? (se decian unos á otros) primero perderé la vida. ¿Quién de los campesinos no ama mas á su caballo que á su muger? ¿Ni quién de ellos pudiera entregar un objeto tan amable para su corazon, para que lo persiguiesen, saqueasen y dejasen reducido al esterminio? No fué menos bárbara é impolítica la medida tomada por el mismo Llano, de incendiar las rancherías dispersas en los campos para obligar á sus colonos á que se reuniesen en los grandes pueblos y opusiesen resistencia á las partidas de americanos. Una choza humilde se vé por un colono con el amor que no tiene un mayorazgo á la opulenta casa de sus rancios abuelos: nacido en ella, y educado en ella, tiene consolidada allí su existencia, y nadie puede apartarlo de aquel lugar querido sin hacer la mayor violencia á su corazon. ¿Qué será entregarlo á las llamas y precisarlo á vagar como mendigo buscando asilo en las montañas? No hay pues, que admirarse, que por disposiciones de esta naturaleza los bosques de Zacatlán brotasen hombres armados y santamente irritados contra un agresor tan feroz: ¡lástima que no hubiesen sido puestos bajo la conducta de gefes americanos prudentes que supiesen hacer uso de tan felices disposiciones! entonces ellos habrian hecho la felicidad de nuestra América, y no se habrian prolongado á tan largo término sus desdichas.

Alentado Llano con los elogios que el virey le daba en las gacetas, no de otro modo que á los muchachos los maestros para que hagan buenas planas, emprendió con doble esmero la persecucion de los americanos, quienes lejos de dismitirse en